

Por una cultura de la misericordia

Al anunciar la convocatoria del *Jubileo de la Misericordia*, el papa **Francisco**, en la homilía del día 11 de abril de 2015, dijo: “Un año para ser tocados por su misericordia, para convertirnos también nosotros en testigos de misericordia”. Para esto convocaba el Papa un jubileo extraordinario: para dejarnos tocar por la misericordia de Dios y llegar a ser también nosotros, signos de la misericordia divina.

■ **Gratitud y reconocimiento**

El Año Santo se abrió el 8 de diciembre de 2015, y ha sido clausurado en la solemnidad litúrgica de Jesucristo Rey del Universo, el pasado 20 de noviembre. El primer sentimiento de los creyentes ante este año de gracia no puede ser otro que el de gratitud y reconocimiento. De gratitud, por todo lo que ha supuesto el Jubileo en la Iglesia, porque todos hemos podido sentir más conscientemente la gracia y la misericordia de Dios sobre nuestra propia vida. Pero también de reconocimiento del desafío y del compromiso que el Jubileo supone para el próximo futuro. En la bula de convocación, Francisco, abriéndonos su corazón, nos decía: “¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!”.

¡Impregnar de misericordia los años que vienen! Este es el desafío que se abre ante la Iglesia. Se ha clausurado el año jubilar, pero su espíritu debe permanecer vivo. De lo contrario nuestra celebración quedaría vacía de

sentido. Impregnar de misericordia los años que vienen, significa precisamente promover una verdadera cultura de la misericordia.

La mentalidad contemporánea tiende a orillarla y arrancarla del corazón humano. Su mismo concepto aparece tantas veces despreciado en una sociedad competitiva que confía solo en la ciencia y en la técnica; y en la que priman la idolatría del dinero, la economía de la exclusión y la iniquidad de la violencia. Ante un mundo que parece no dejar espacio a la misericordia, Francisco confiesa que ella “es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”. La misericordia es el corazón palpitante del Evangelio, y la Iglesia tiene la misión ineludible de vivirla y anunciarla con alegría y entusiasmo. Su credibilidad pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo.

■ **Conversión a la misericordia**

Pero promover en nuestro mundo la cultura de la misericordia entraña una verdadera conversión a la misericordia por parte de los creyentes. Una conversión interior y profunda, capaz de superar el individualismo y narcisismo asfixiante y abrirse al otro, al prójimo (que no es simplemente el próximo) y a sus necesidades concretas. Se trata de una conversión que cambia el estilo de vida: del comer y del vestir, del consumir y del disfrutar, del vivir y del sentir. Abre los ojos al otro, a su necesidad y a su sufrimiento. Y es capaz de mirar la realidad no desde la propia instalación, sino con los ojos de las víctimas. Solo entonces se compadece.

El Papa se encontró con refugiados en la isla griega de Lesbos el 16 de abril de 2016.





El Jubileo de los sacerdotes, celebrado el 3 de junio de 2016, abarrotó la plaza de San Pedro.

ve una exacerbación desenfrenada del consumo y tiende a fagocitarlo todo para acrecentar beneficios y donde cualquier cosa que sea frágil queda indefensa. Es un reclamo ante la violencia a los pobres, sin igualdad de oportunidades, ante la carrera armamentista, la degradación ecológica, la agresión y la guerra.

■ Programa de vida

En la convocación del Jubileo, Francisco alentaba a redescubrir, vivir y reflexionar durante todo el año las *obras de misericordia corporales y espirituales*, para entrar en el corazón del Evangelio. La predicación de **Jesús** nos presenta estas obras para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos:

dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos, dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia a las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y los difuntos. Representan verdaderamente un programa de vida comprometedor.

A Dios le agradan, dice el Papa, todas y cada una de las obras de misericordia, porque en el hermano que ayudamos, reconocemos el rostro de Dios. Cada vez que nos inclinamos ante las necesidades de los hermanos, damos de comer y beber a Jesús; vestimos, ayudamos y visitamos al Hijo de Dios. No hay otra alternativa a la caridad cristiana: quienes se ponen al servicio de los hermanos, aunque no lo sepan, son quienes aman a Dios.

Este es el programa que Jesús propone a sus discípulos. Él pide, en efecto, convertirse y convertirnos en signo, canales y testigos de su misericordia. Es así como hacemos y promovemos la cultura de la misericordia, que encuentra sus manifestaciones concretas en el perdón, la compasión y la solidaridad.

El lema de la JMJ de Cracovia 2016 fue "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia".



En este sentido, la conversión a la misericordia no se detiene en la subjetividad. Es necesario que nos convirtamos las personas interiormente; pero lo es, sobre todo, para lanzarnos a la vida pública, al compromiso social, a la transformación de la realidad. La actitud personal misericordiosa produce frutos; se expresa en actos de justicia, de paz, de perdón, de reconciliación. Por eso, la misericordia no está nunca desconectada de los derechos humanos, de la justicia social, de la dignidad sagrada de las personas. En este sentido, algunos discursos del papa Francisco (en Tierra Santa, en Cuba, en Estados Unidos) a lo largo del año han tenido un fuerte impacto político, sembrando la simiente de una cultura de la misericordia que tiene mucho que ver con la justicia y la paz.

La cultura de la misericordia impacta e interpela a una "economía que mata", que margina y excluye. No puede tolerar que un anciano muera de frío en la calle, que se tire comida cuando hay tanta gente que pasa hambre, que el poderoso explote, oprima y se coma al débil. Es lo contrario a una cultura del descarte. Denuncia a un sistema social, injusto en su raíz, que promueve

■ Expresiones de la cultura de la misericordia

La cultura de la misericordia se transmite a través de manifestaciones concretas. Se manifiesta especialmente en la escucha del clamor de los pobres. Realmente, como ha dicho Francisco, “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres”. Es necesario que seamos dóciles y atentos para escuchar este clamor. Porque “hacer oídos sordos para escuchar al pobre nos sitúa fuera de la voluntad del Padre”. La falta de solidaridad misericordiosa en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios. Y, a veces, es el clamor de pueblos enteros el que remueve las entrañas de la misericordia. Si escuchamos, seremos capaces de abrir las puertas de nuestro corazón y de nuestras casas para acoger al extranjero que llega, al pobre que necesita comer, al parado que busca trabajo.

Hoy nos exige también prestar atención para *cuidar la fragilidad*. Estamos llamados a reconocer a Cristo sufriendo en los enfermos, los sin techo, los tóxicodependientes, los emigrantes, los refugiados, los ancianos cada vez más solos y abandonados, los ni-

Ejemplo de misericordia, Santa Teresa de Calcuta fue canonizada el 4 de septiembre de 2016 en el Vaticano por el papa Francisco.



ños por nacer, “que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes se les quiere negar su dignidad humana”.

Y, sobre todo, se expresa en el *perdón*. Es triste constatar, advierte Francisco, cómo se desvanece cada vez más en nuestra cultura la experiencia del perdón. Y, sin embargo, sin el testimonio del perdón queda solo una vida infecunda y estéril. El perdón es el pilar que sostiene la vida de la comunidad cristiana, porque en él se manifiesta la gratuidad del amor con el que Dios nos ha amado primero. Es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza. Hemos de perdonar, porque nosotros hemos sido perdonados. Dios no se cansa nunca de perdonar.

En una sociedad y en una cultura viciadas, fracturadas, heridas, que respiran descarte, que van dejando por el camino rostros de ancianos, de niños, de minorías étnicas que son vistas como amenaza, este ha sido y es el legado de Francisco en el Año de la Misericordia: la propuesta de una cultura del perdón, de la compasión, de la solidaridad, una verdadera cultura de la misericordia. Y, al clausurarlo, este es también hoy nuestro compromiso de creyentes.

■ Eugenio Alburquerque Frutos